

Reseñas

Reseñas cercanas (Siglo XX)

Michael Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Séptima edición en español. México: Siglo XXI editores S.A, 1976.*

Mary Romero C.**

Dpto. de Composición Arquitectónica. Facultad de Arquitectura y Diseño,
ULA, Mérida-Venezuela

Nolis Camacho

Dpto. de Pediatría, Facultad de Medicina, ULA, Mérida-Venezuela

Al explorar los fundamentos históricos del saber, las raíces del conocimiento contemporáneo y su dimensión epistemológica en lo que concierne a la correspondencia del hombre con el mundo, consigo mismo y con sus saberes, podemos plantearnos interrogantes cómo: ¿por qué pienso como pienso?; ¿por qué empleo esas categorías y no otras? y ¿qué determina mi forma de entender el mundo? Estas inquietudes incitan a buscar en la percepción empírica de la realidad un orden regulador del saber, del sistema que establece y posibilita su constitución y la producción del conocimiento en cada época. Una forma de buscar respuestas a éstas y otras inquietudes es el acercamiento a Michel Foucault (1926-1984) y a su obras, sobre todo a su libro *Las palabras y*

* Reseña elaborada en septiembre de 2015. Remitida a la revista el 1-1-2015. Aprobada por el arbitraje interno para su publicación el 31-1-2015.

** Arquitecta. Profesora Asistente adscrita al área de Estudios Ambientales del Depto de Composición Arquitectónica, Facultad de Arquitectura y Diseño, Universidad de Los Andes.

*** Médico adscrita al Departamento de Pediatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Los Andes y al Hospital Universitario de los Andes.

las cosas: una arqueología de las ciencias humanas (primera edición: 1966), en el cual da cuenta de las formas más profundas de la cultura mediante el examen crítico de la historia de la génesis de las ciencias humanas, el examen de los *objetos del saber* que devienen en *objetos de conocimiento* y la indagación sobre las reglas que hacen que el *sujeto* pueda existir como *objeto del saber*.

Metodológicamente el autor desafía el análisis vertical (continuo) de la historia tradicional, y propone una perspectiva histórica arqueológica (discontinua¹) en la que se remueven estratos horizontales de la cultura, poniendo al descubierto, capa a capa, configuraciones subterráneas que conservaron entramados de saber e hicieron posible el discurso científico de cada época y constituyeron su *episteme*. Desde esta perspectiva Foucault rompe con las ideas de *progreso* y *continuidad*, consideradas hasta entonces en la investigación de la naturaleza humana. Explora asimismo las cualidades de la *episteme* en tres aspectos de la vida humana o dominios del conocimiento: el *lenguaje* (la lingüística), la *vida* (la biología) y el *trabajo* (la economía), contextualizándolos en tres períodos históricos: *renacentista* (siglo XVI), *clásico* (de mediados del siglo XVII a fines del XVIII) y un último periodo (siglo XIX). La era renacentista estaba dominada por la *episteme de la semejanza* (regía tanto al lenguaje como a las cosas), su lugar será ocupado en la *episteme clásica* por la *representación* del mundo en una estructura ordenada con un método de análisis universal (*máthesis* y *taxonomía*) desde la categorización, separación y jerarquización, en función de reglas y signos con los que se ordena, en una tabla, una representación de la realidad. Aquí si bien al hombre, como ser físico, se lo ubicaba en la tabla como objeto, como sujeto le resultaba imposible representar su propia *actividad ordenadora*, problema *resuelto* con la mutación de la *episteme* clásica a la moderna:

...las ciencias humanas no aparecieron hasta que, bajo el efecto de algún racionalismo presionante, de algún problema científico no resuelto, de algún interés práctico, se decidió hacer pasar al hombre ... al lado de los objetos científicos ... el hombre se

constituyó en la cultura occidental a la vez como aquello que hay que pensar y aquello que hay que saber ... el surgimiento histórico de cada una de las ciencias humanas, aconteció en ocasión de [demandas para las que] ciertamente han sido necesarias las nuevas normas que la sociedad industrial impuso (p. 334).

Por primera vez, desde que existen seres humanos y viven en sociedad, el hombre aislado o en grupo se ha convertido en objeto de la ciencia y es entendido como un acontecimiento epistemológico. En la episteme moderna las ciencias humanas estarían excluidas del triedro epistemológico (las ciencias matemáticas y físicas; las ciencias de la vida, economía y lenguaje); pues no está claro cuál es el lugar de las ciencias humanas: si bien no pertenecen directamente a estas tres dimensiones, sí están en los espacios vacíos de estos saberes, en sus *intersticios*. De allí la dificultad para situarlas, pues sus métodos poco positivistas, su pretensión a lo universal y su familiaridad con una filosofía llena de incertidumbre, las colocaban en una situación de complejidad epistemológica. Pero al igual que en la biología se experimentó una transición de la episteme clásica a la moderna al tratar de teorizar la vida, y se pasó de su concepción como una abstracción mecánica a otra como estructura orgánica no reductible a lo visible, del análisis de la *estructura* al de la *función*. De la misma manera en la concepción del trabajo en la episteme clásica, en la que se analizaba la riqueza y el valor, en la nueva episteme moderna se pasó a analizar los procesos productivos.

Dice el autor que, en la modernidad, para abordar aspectos de análisis complejos como: *función, equilibrio, producción, procesos e inflexión*, se topaba el investigador con la oscilación entre lo trascendental, lo empírico y la analítica de la finitud, las cuales conformaban relaciones inestables que nunca podían resolverse de forma definitiva. Ello porque, explica Foucault, lo trascendental o *Impensado/cogito*, es *el sujeto (el cogito)* que ilumina el mundo y hace posible el conocimiento, y se contrapone con el cuerpo orgánico (que aloja el ser), porque no controla o domina totalmente las pasiones, los deseos y el lenguaje. La *analítica*

de la finitud trata de las limitaciones del hombre como fundamento para el conocimiento, apoyada en la conciencia histórica de los orígenes y procesos. El abordaje de lo trascendental, la analítica de la finitud y las ciencias empíricas, según Foucault, hacen posible definir mejor lo que son en esencia las ciencias humanas: las que se refieren al hombre, porque sus necesidades, su relación y percepción del tiempo, las cosas y el otro le permiten constituir un saber de sí mismo y de los otros.

En la historia del estudio de las ciencias humanas desde el siglo XIX se pueden rastrear tres modelos de análisis de estos dominios: el *modelo biológico*, en el que se analiza el hombre, su psique, lenguaje, grupo y la sociedad de la que forma parte, buscando comprenderlo desde lo orgánico, es analizado en términos de *función* (Comte: 1798-1857, representa este modelo). El segundo *modelo* es el *económico*: se explora el hombre y sus actividades como lugar de conflictos, la expresión humana más o menos manifiesta y la solución más o menos lograda (está representado por las teorías de Carlos Marx: 1818-1883). Por último *el modelo filológico*, en el que se trata de interpretar y describir lo sentido oculto e incorpora lo *lingüístico* para tratar de estructurar y sacar a la luz el sistema significante de sus hechos (está representado por el pensamiento de Freud: 1856-1939). De estos métodos se desprenden tejidos del saber de las ciencias humanas, expresados en dualidades que se equilibran: *función-norma*, *conflicto-regla* y *significado-sistema*. Considera Foucault que estas parejas penetran las relaciones o los espacios de la *biología*, la *economía* y el *lenguaje* que pueden corresponder a uno o varios dominios y/o acoplarse a ellos, por lo que pueden combinarse de diversas formas, resultando métodos particulares de exploración de un tema de análisis. De allí que con frecuencia sea difícil fijar los límites no solamente entre los objetos sino también entre los métodos.

Foucault muestra también como estas categorías pueden organizar el campo de las ciencias humanas, al añadir posibilidades empíricas a las formas de finitud y sacar a la luz el orden de los sistemas como si la dicotomía entre lo normal y patológico tendieran a borrarse en beneficio

de la bipolaridad (consciente e inconsciente), dado que no es posible llegar a este saber solo desde el saber reflexivo. La representación no es simplemente un objeto para las ciencias humanas, es el campo mismo de las ciencias humanas, a partir de lo cual es posible desprender consecuencias, en el orden histórico.

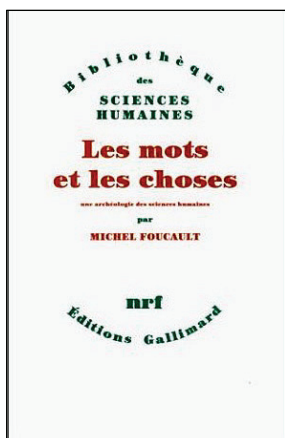
En la época clásica el hombre como ser físico fue objeto entre objetos, incluido en un orden que representaba el mundo, el mismo hombre como sujeto (investigador) no era capaz de verse a sí mismo y por tanto no existía. Como devela Foucault, con el colapso de esa episteme, el hombre emerge como sujeto y aparecen las *ciencias humanas*.

Pero ¿quién es entonces el sujeto y qué significa que el hombre emerja como sujeto?

El sujeto al cual Kant (1724-1804) definía como “*el yo pienso*”, la conciencia o autoconsciencia que determina y condiciona toda actividad cognoscitiva y depende de un proceso socio-histórico mediante el cual un individuo de la especie humana se vuelve un sujeto de su tiempo y de su cultura, fue una invención del siglo XIX, una visión progresista e histórica que apostaba por la evolución del hombre, la civilización y la transformación de la sociedad, apoyada en la razón desde una postura darwinista y antropocentrista.

Por eso: a las preguntas: *¿quién sabe, quién habla y quién pregunta en las ciencias humanas?* la respuesta apunta al orden de la clase social, al código de los grupos, a las voces interiorizadas de los colectivos o a los intereses de los gremios, abandonando la idea de la actuación de los seres humanos como eje en torno al que gira todo.

El hombre deja, por tanto de ser un concepto científico relevante en una



teoría del cambio social, no puede ocupar ningún lugar en el campo epistemológico, pues el psicoanálisis, la etnología y la lingüística han diluido, en un sistema anónimo e inconsciente, los atributos que rodeaban a la figura humana. Lo real son las redes del poder, la industria de las fuerzas y las presiones con sus furtivos intereses. El psicoanálisis sometió al hombre a la humillación al robarle la “conciencia de sí” o “autoconciencia”, lo que determinaba su supuesta libertad y autonomía. La lingüística, por su parte, mostró el carácter inconsciente de los procesos lingüísticos y la antropología ha desplazado al hombre y ha transpuesto otras representaciones en el campo específico de las culturas, rompiendo con el sistema lineal y uniforme de la evolucionista teoría antropológica occidental y visibilizando una realidad histórico-social que supera la voluntad del sujeto.

Foucault analiza, en esta obra reseñada, la oscilación entre lo transcendental y lo empírico, una relación inestable que nunca puede resolverse de forma definitiva y empuja a la modernidad a dar *muerte del sujeto*, la cual consiste, más bien, en *la muerte de la filosofía del hombre* y una reivindicación del sujeto anónimo.

Nota:

- ¹ Foucault entiende la *discontinuidad* como un método de comprensión y representación de la realidad, el umbral entre la naturaleza y la cultura. La discontinuidad permite individualizar dominios por la comparación de estos, trata de descubrir los límites de un proceso, el umbral de un funcionamiento, a diferencia de la continuidad, la cual está estructurada en el orden secuencial en el espacio y el tiempo. En la discontinuidad se puede plantear una hipótesis sistemática, distinguir niveles posibles de análisis, detectar métodos propios de cada uno de estos análisis y establecer la periodización que convenga, pudiendo ser también el resultado de una descripción.